

LA NECESIDAD DE UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA DE DESARROLLO EN EL PENSAMIENTO DE CELSO FURTADO

Por: Arturo Guillén R.*

Hoy puedo decir que fui un heterodoxo. Y agregar que las heterodoxias, así como las herejías, desempeñan un importante papel en la historia de los hombres. Cuando en una sociedad se impone el consenso es porque atraviesa una etapa poco creativa. Al apartarse del consenso, el joven economista percibirá que los caminos que ya trillaron otros tienen poco valor. Notará enseguida que la imaginación es un poderoso instrumento de trabajo y que debe ser cultivada. En poco tiempo perderá la reverencia frente a lo que está establecido y compendiado. Y en la medida en que piense por cuenta propia, con independencia, conquistará la autoconfianza y perderá la perplejidad”

Celso Furtado (2002)

1. Introducción

El objetivo de este texto es presentar y analizar las ideas principales de Celso Furtado en torno a la necesidad de construir y llevar a la práctica en América Latina una estrategia alternativa de desarrollo frente al neoliberalismo, que permita a los países de la región sortear los retos que plantea la globalización. Me referiré a tres temas que ocupan un lugar central en la obra de Furtado a lo largo de su vida y que definen su propuesta alternativa: la concentración del ingreso y su impacto en la dinámica del capitalismo brasileño y latinoamericano; la tendencia al sobreendeudamiento externo; y el rol de las políticas monetaria y cambiaria en el proceso de desarrollo.

Raúl Prebisch y Celso Furtado fueron los economistas latinoamericanos más importantes del siglo XX, no sólo por la trascendencia que adquirió su pensamiento al fundar una

* Profesor - Investigador Titular del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Jefe del Área de Economía Política. Coordinador de la *Red Eurolatinoamericana de Estudios para el Desarrollo Celso Furtado* www.redcelsofurtado.edu.mx e-mail: grja@xanum.uam.mx

corriente teórica: el estructuralismo latinoamericano, que ocupa un lugar central en la teoría del desarrollo y que ejerció una profunda influencia en el pensamiento latinoamericano. Sus ideas permearon las estrategia económicas de los gobiernos de América Latina en el periodo de la posguerra, durante el cual los países de la región lograron el mayor desarrollo y progreso social de su historia moderna. Se puede afirmar que la teoría cepalina y la teoría de la dependencia han sido, quizás, los únicos aportes teóricos procedentes de países de la periferia que contribuyeron, a partir de enfoques propios y originales, a la comprensión de la dinámica del capitalismo como sistema mundial.

Prebisch (1948) fue el fundador del estructuralismo con su teoría del deterioro de los términos de intercambio entre los productos primarios y manufacturados y con la introducción de las categorías de centro y periferia en el estudio del subdesarrollo, pero la contribución de Furtado en la construcción de la teoría cepalina del desarrollo y de la dependencia, fue decisiva. El propio Prebisch (1981) destaca en su última obra el papel central de Furtado en ese pensamiento. Al referirse al mismo, Prebisch señala:

“Este pensamiento viene desarrollándose desde los primeros tiempos de la CEPAL. Tuve entonces la buena fortuna de encontrar hombres jóvenes con los que pude tener un diálogo para mi estimulador y fecundo” (...)

“Ante todo, Celso Furtado. Celso ya había iniciado fervorosamente sus tareas en la CEPAL cuando me invitó a Santiago para escribir la introducción del primer *Estudio Económico* me impresionó vivamente por el talento extraordinario que desbordaba ya en sus años juveniles. Su colaboración conmigo ha sido inapreciable. Bien sabemos lo que significa su gran tarea intelectual; nadie ha penetrado con más profundidad en la interpretación del desarrollo. Siempre original e incisivo ha dado gran prestigio a su cátedra en la Sorbona ¡Tiene el exilio sus giros inesperados!”

La propuesta de proyecto alternativo al neoliberalismo de Furtado no podría comprenderse cabalmente si no le asocia con su concepto de desarrollo. Su análisis del fenómeno del subdesarrollo pronto dejó atrás los análisis de su época que veían el atraso como una etapa anterior del desarrollo (Rostow, 1960), o aquellos que confundían crecimiento con

desarrollo, al centrarse exclusivamente en el proceso de acumulación y sus determinantes, como lo hacían Harrod y Domar en sus modelos. Para él, el subdesarrollo era una condición estructural específica, resultado de la forma en que evolucionó históricamente el capitalismo como sistema mundial integrado por centros y periferias. Las características esenciales de los países subdesarrollados, aquellas que los definen como tales, eran, a su juicio, la dependencia externa y la heterogeneidad estructural, las cuales tienden a perpetuarse y a reproducirse.

La definición de Furtado de desarrollo se acerca más a la del economista francés, François Perroux (1984)¹ quien fue su maestro en París. Para ambos, las categorías de *crecimiento*, *desarrollo* y *progreso social* son categorías distintas, aunque interdependientes

La acumulación y el progreso técnico son parte integrante del desarrollo desde el momento en que el crecimiento es su base material. Pero el crecimiento es solamente un prerequisite del desarrollo, no el desarrollo en sí. Para Furtado resultaba claro al estudiar la historia de Brasil (1959), que el crecimiento resultaba incapaz de promover el desarrollo en economías sujetas a una división internacional del trabajo que los condenaba a ser productores de productos primarios. En esas economías el sector exportador moderno no retenía el fruto de su progreso técnico ni lo irradiaba al resto del sistema productivo (constituido por el “sector” de subsistencia).

El desarrollo no podía ser el resultado espontáneo de la acción de las leyes de mercado, sino que era un proceso de transformación de estructuras, lo que implicaba la creación de una estructura productiva, vale decir de un sistema productivo, que asegurara un desarrollo endógeno autosustentable. Ello significaba, por un lado, la necesidad de avanzar en la industrialización y, por otro lado, conducir deliberadamente ésta desde el Estado, a través no sólo de políticas de fomento, sino mediante la elaboración y ejecución de planes de desarrollo indicativos que definieran las inversiones básicas que se requerían en cada etapa. Como observaba en su libro más conocido *Teoría y política del desarrollo económico* (Furtado, 1967: 244):

¹ Sobre el concepto de desarrollo en Perroux, véase del autor (2004).

“El problema capital en los países subdesarrollados es la selección de una estrategia de modificación de la estructuras”.

O como definía más explícitamente el concepto de desarrollo en su *Dialéctica del Desarrollo* (1964: 65):

“El desarrollo económico, que es fundamentalmente un proceso de incorporación y propagación de nuevas técnicas, entraña modificaciones de tipo estructural, tanto en el sistema de producción como en la distribución del ingreso. La forma en que estas modificaciones se hacen efectivas depende, en buena medida, del grado de flexibilidad del marco institucional dentro del cual opera la economía, grado de flexibilidad al cual no es ajena la mayor o menor aptitud de las clases dirigentes para superar las limitaciones naturales de su horizonte ideológico”.

El desarrollo para Furtado no era un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir el mejoramiento económico, social y cultural de las grandes mayorías de la población. Como intelectual formado en las ideas de la Ilustración consideraba que las sociedades evolucionan hacia su progreso. El desarrollo debería significar el mejoramiento de los productores no sólo en cuanto medios de producción, sino como sujetos de la Historia. El progreso de las grandes mayorías no podría lograrse tampoco mediante el mercado, sino solamente a través de la aplicación por parte del Estado de políticas de redistribución del ingreso, de la propia organización de los productores y de la creación y modificación de las instituciones. Para él, el desarrollo era un proceso social de cambio cultural. Involucraba el cambio de las estructuras económicas pero también de los valores sociales. Según sus propias palabras (1964: 39-40):

“Se puede definir el desarrollo económico *como un proceso de cambio social por el cual un número creciente de necesidades humanas, preexistentes o creadas por el mismo cambio,*

se satisfacen a través de una diferenciación en el sistema productivo generada por la introducción de innovaciones tecnológicas”²

Es por ello que al evaluar en uno de sus últimos trabajos (2002: 31) la experiencia brasileña en la segunda mitad del siglo XX, cuando se lograron en algunos periodos altas tasas de crecimiento, señalaba sin dudas:

“Hoy en día Brasil tiene una renta diez veces mayor que la que tenía cuando comencé a estudiar esos problemas, pero también tiene mayores desigualdades y los pobres continúan siendo igual de pobres. Cabe entonces la pregunta: ¿hubo desarrollo? No: Brasil no se desarrolló, sino que se modernizó. El desarrollo verdadero sólo se da cuando se ve beneficiada la población en su conjunto”.

En suma, en la visión furtadiana el desarrollo no podía ser alcanzado automáticamente por la vía del mercado y del trasplante de técnicas y capitales provenientes de los centros, sino que era el resultado de un proyecto social que permitiera la transformación estructural del sistema productivo, mediante la preservación de la identidad cultural de los pueblos involucrados. El desarrollo era un proceso multidimensional que abarcaba la economía, la sociedad, la política y la cultura.³ Resulta comprensible, entonces, que al observar Furtado cómo Brasil y América Latina se insertaban pasivamente, a partir de la década de los ochenta, en la globalización neoliberal mediante la aplicación de políticas *fundamentalistas de mercado*, insistiera en la urgencia de cambiar de rumbo y de construir un nuevo proyecto nacional de desarrollo.

² Cursivas de Furtado

³ Por el carácter multidimensional del proceso de desarrollo, Furtado (1964:77) consideraba que el análisis económico del mismo resultaba insuficiente. “No obstante – afirmaba- sería totalmente erróneo esperar que los economistas, con los instrumentos de análisis propios de su disciplina, pudiesen agotar este campo de investigación, en el cual se plantean aspectos importantes que deben ser abordados desde el punto de vista de la sociología y de la ciencia política”.

2. El papel de la concentración del ingreso en la dinámica del capitalismo latinoamericano

Celso Furtado asignó un papel fundamental a la concentración del ingreso en el análisis del subdesarrollo latinoamericano. En su opinión, éste era un rasgo estructural que tendía a reproducirse y perpetuarse en los distintos modelos de desarrollo por lo que ha transitado la economía latinoamericana.

La persistencia de la concentración del ingreso en manos de las élites internas condiciona la existencia de patrones de consumo suntuario que no se corresponden con el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas; configura un sistema productivo funcional con esos patrones⁴; implica la desviación del excedente económico hacia fines distintos a la acumulación de capital; y al limitar el crecimiento de los ingresos de los trabajadores y de las grandes mayorías, traba el crecimiento del mercado interno y genera tendencias al estancamiento de la economía.

La causa última de la concentración del ingreso es la existencia una oferta ilimitada de mano de obra en el sector de subsistencia, lo que impide el aumento de los salarios reales en el sector moderno exportador. Esta idea fue desarrollada en su estudio sobre la economía brasileña (1955).⁵ Allí aclaraba con gran rigor teórico, que en el caso de la economía cafetalera brasileña, que fue la actividad predominante durante el modelo primario-exportador, las mayores ganancias que conseguían los exportadores durante las fases de auge no elevaban la productividad física de las fincas, sino que se trasladaban al exterior, vía deterioro de los términos de intercambio o se dilapidaban en consumo suntuario de la oligarquía terrateniente. Por el contrario, en las fases depresivas, la baja en los ingresos de

⁴ “El proceso de transplante de los modelos de consumo de las economías dominantes a los subsistemas periféricos desempeña un papel determinante en la asignación de los recursos en estos últimos” (Furtado, 1967: 221)

⁵ Esta idea se popularizó con la publicación del famoso artículo de Arthur Lewis (1954) sobre la oferta ilimitada de mano de obra. Pero como aclara Furtado en su autobiografía (1985: p. 61), desde las primeras versiones de su estudio sobre la economía brasileña ya había sido planteada esa tesis por él: “En este punto introducía la idea (cinco años después Arthur Lewis la transformó en elemento central de su modelo) de una oferta totalmente elástica de mano de obra como factor causante de la inercia de los salarios en la fase expansiva”

la oligarquía cafetalera provocaba el desequilibrio de la balanza de pagos conduciendo a la devaluación de la moneda brasileña. Sin embargo, esas devaluaciones protegían relativamente a los exportadores al incrementar sus ingresos en moneda nacional, mientras que trasladaban el ajuste a los consumidores deteriorando el nivel de los salarios reales de los trabajadores. Según sus propias palabras (1957: 167):

“Las mejoras de productividad obtenidas dentro de la propia economía exportadora podía retenerlas el empresario, pues no se formaba ninguna presión dentro del sistema que lo obligase a transferirlas total o parcialmente a los asalariados. También señalamos que esos aumentos de productividad del sector exportador eran de naturaleza puramente económica y reflejaban modificaciones en los precios del café. Para que hubiese aumento en la productividad física, ya sea de la mano de obra o ya sea de la tierra, era necesario que el empresario perfeccionase los métodos de cultivo o intensificase la capitalización, es decir, que aplicase una mayor cantidad de capital por unidad de tierra o de mano de obra.”

“Al no existir ninguna presión de la mano de obra en el sentido de elevación de los salarios, el empresario no le interesaba sustituir esa mano de obra por capita, esto es, aumentar la cantidad de capital por unidad de mano de obra.”

El modelo de sustitución de importaciones (MSI) no resolvió la existencia de una oferta ilimitada de mano de obra ni eliminó el carácter heterogéneo del sistema productivo y de la estructura social. El excedente estructural de mano de obra sin dejar de seguir presente en el sector rural, se trasladó a las grandes ciudades. Sin embargo, la industria, a pesar de su dinamismo, no logró absorber, por diversos factores que no viene al caso discutir en este texto, a los vastos contingentes de mano de obra que residían ahora en las grandes urbes, dando lugar al surgimiento del subempleo urbano y a nuevas formas de marginación. Esta incapacidad del MSI para absorber la el excedente de fuerza de trabajo se manifestó inclusive en los países de mayor desarrollo relativo como Brasil, México o Argentina. Por eso a diferencia de Lewis quien creía que la oferta ilimitada de mano de obra del sector atrasado sería vaciada una vez detonada la acumulación de capital, Furtado consideraba que el MSI al no desembocar en la construcción de una base interna de acumulación de capital,

reprodujo el subdesarrollo bajo nuevas formas, independientemente de las tasas de crecimiento alcanzadas. De allí que:

“Las economías subdesarrolladas pueden conocer fases prolongadas de crecimiento de su producto global y *per cápita*, sin reducir el grado de dependencia externa y la heterogeneidad estructural, que **son sus características esenciales**” (1967: 176).⁶

Los patrones de consumo suntuario se reprodujeron en el MSI ahora bajo la acción de las empresas transnacionales (ETN) que trasladaron a la periferia las normas de consumo que se masificaron en los centros durante el auge de la posguerra.

La reproducción de lo que Furtado llamaba las “características esenciales del subdesarrollo” obedecía a factores no sólo de orden económico, sino también políticos. La industrialización latinoamericana, a diferencia del modelo clásico europeo, se dio sin provocar una ruptura entre la oligarquía exportadora y la burguesía industrial. La industrialización entrañó una recomposición del *bloque dominante*, más que un desplazamiento de las viejas élites.⁷ Un proceso parecido de recomposición se ha dado ahora con el modelo neoliberal. La alianza entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial limitó grandemente la viabilidad de reformas ampliamente preconizadas por los cepalinos, como la reforma agraria y una reforma fiscal redistributiva, lo que implicó la perpetuación de formas abusivas de concentración de la renta en manos de las élites internas. A pesar de que en México, Brasil y otros países se generó con el MSI un proceso de mejoramiento de los salarios reales y de cierto progreso social, el ingreso se concentró en esos países más que en otros de la región.

Con el tránsito de la sustitución “fácil” a la sustitución “difícil”, el proceso de crecimiento en América Latina perdió dinamismo, cuestión que llevó a Furtado a postular una tendencia

⁶ Negrita mías

⁷ Quizás la excepción fue México, donde la revolución armada significó un desplazamiento de la oligarquía terrateniente porfirista del poder. Pero aún en este país, pronto se selló una alianza entre una nueva burguesía agraria emanada de los gobiernos revolucionarios y una ascendente burguesía industrial y financiera. Las reformas que alcanzaron su cúspide durante el gobierno de Lázaro Cárdenas fueron abandonadas al término de la Segunda Guerra Mundial.

endógena al estancamiento económico. Esta tesis fue postulada primero en *Dialéctica del Desarrollo* (1964) y más detalladamente en *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina* (1965). En este último libro sostiene que el paso a una fase más avanzada de industrialización, que implicaba la producción de bienes de consumo durables, bienes intermedios y bienes de capital, lo que obligaba al uso de técnicas intensivas en capital. En el marco de salarios reales estables por la existencia de una oferta ilimitada de fuerza de trabajo, la densificación del capital se traducía en un alza de la relación capital-producto, lo que, por definición, involucraba una baja de la tasa de ganancia. De allí que mantener la tasa de crecimiento en esas condiciones, reclamaba una tasa creciente de inversión, lo que se topaba con los límites impuestos por la capacidad para importar, es decir con los que ahora llamamos la *restricción externa*. Como dice en *Dialéctica* (1964:115):

“Pero en la medida en que la realización efectiva de las inversiones dependa de las importaciones, la capacidad para importar condiciona el comportamiento real de la tasa de inversión. Si la barrera de la capacidad para importar se eleva, también deberá elevarse el esfuerzo de ahorro para acompañar al aumento de los precios relativos de los bienes de capital. Surgen así condiciones que tienden a reducir la tasa de crecimiento, lo cual obstaculiza las modificaciones estructurales requeridas para la misma superación de la barrera de la capacidad para importar”.

No pretendo aquí profundizar en la tesis del estancamiento ni entrar en el debate que ésta suscitó, ya que ello rebasaría los objetivos de este texto. Baste señalar, que la tesis furtadiana fue cuestionada porque parecía menospreciar las posibilidades de crecimiento de las economías latinoamericanas. En la que fue, quizás la crítica más profunda (Tavares y Serra, (1970), estos autores sostenían que Furtado subestimaba las posibilidades de acumulación de los grupos dominantes y no diferenciaba entre los intereses de estos y el interés nacional. Para estos autores, el problema principal no estaba en las dificultades para aumentar la capacidad productiva, “sino más bien con problemas relacionados con la estructura de la demanda y el financiamiento” (Tavares y Serra, 1970: 584).

Al margen de si Furtado subestimó las posibilidades de crecimiento de América Latina en esa fase de su desarrollo, lo que me interesa rescatar de la tesis de la tendencia al estancamiento (que, por otro lado, convendría retomar para el análisis de los problemas contemporáneos) son dos ideas centrales desarrolladas por él en torno a esa tendencia: una es la existencia de un proceso de causación circular que agudizaba, tanto la concentración del ingreso como la reproducción de la heterogeneidad estructural; y la otra, los límites del MSI para consolidar una base endógena de acumulación de capital. Según sus propias palabras (1965: 97):

“En síntesis, todo sucede como si la existencia de un sector capitalista de carácter semifeudal, junto a un sector industrial que absorbe una tecnología caracterizada por un coeficiente de capital rápidamente creciente, originase una pauta de distribución del ingreso que tiende a orientar la aplicación de los recursos productivos, en forma de reducir la eficiencia económica de éstos, y de concentrar aún más el ingreso, en un proceso de causación circular. En el caso más general, la declinación en la eficiencia económica provoca directamente el estancamiento económico. En los casos particulares, la creciente concentración del ingreso y su contrapartida de población subempleada que afluye hacia las zonas urbanas, crean tensiones sociales que, de por sí, son capaces de hacer imposible el proceso de crecimiento”

Efectivamente, Brasil, México y otros países lograron mantener altas tasas de crecimiento económico en la década de los sesenta y aun en los setentas ya en plena crisis, lo que ponía de manifiesto que, como bien entendió Tavares, las posibilidades de acumulación de los grupos dominantes existían. En ambos casos, la fórmula básica fue la inserción de América Latina en la economía del endeudamiento internacional, gestada a partir del creación del mercado del eurodólar. Aunque el sobreendeudamiento externo, como lo advirtió Furtado anticipadamente, pronto colapsaría al MSI y nos empujaría a la vorágine del neoliberalismo,

3. El modelo neoliberal: concentración del ingreso y heterogeneidad estructural

El modelo neoliberal (MN) y la globalización reprodujeron las “características esenciales del subdesarrollo (la heterogeneidad estructural y la dependencia externa), así como las tendencias a la concentración del ingreso a las que se refería Furtado.

La puesta en marcha del MN neoliberal a partir de la crisis de la deuda externa de 1982, bajo los parámetros del Consenso de Washington - el cual pretendidamente imprimiría dinamismo a las economías latinoamericanas y permitiría mejorar las situación económica y social de las grandes mayorías -, se tradujo en resultados mediocres en materia de crecimiento económico y empleo, así como en un reforzamiento de las tendencias a la concentración del ingreso y a la exclusión social.

Aunque Furtado no investigó en extenso la globalización neoliberal y sus efectos en las economías latinoamericanas, sí reflexionó en sus últimos libros (1998 y 2002), con la profundidad que lo caracterizaba, sobre las implicaciones de estos nuevos procesos en la economía mundial. Furtado consideraba la globalización como un proceso irreversible motivado “por imperativos tecnológicos”, la cual tenía repercusiones negativas en materia de equidad social.

“(…) La interconexión de los mercados y el subsecuente debilitamiento de los actuales sistemas de poder estatales que encuadran las actividades económicas, dan lugar a importantes cambios estructurales que se traducen en una creciente concentración del ingreso y en formas de exclusión social que se manifiestan en todos los países (…)”

“Los desajustes causados por la exclusión social de grupos cada vez más amplios de la población tienden a convertirse en el problema más grave, tanto en las naciones ricas como en las pobres. Esos desajustes no sólo surgen de la orientación del progreso tecnológico, sino que también reflejan la incorporación indirecta al sistema productivo de la mano de obra mal remunerada de los países de industrialización tardía, en primer lugar, de los asiáticos” (1998:32 y 40).

En efecto, la inserción pasiva de América Latina en la globalización neoliberal agravó y volvió más compleja la heterogeneidad estructural de los sistemas productivos y de la estructura social, lo que empeoró las ya de por sí abismales disparidades de ingresos. En un trabajo reciente (Guillén, 2004) he planteado que en el caso de México – el cual, creo, puede hacerse extensivo, salvando las diferencias nacionales, a otros países latinoamericanos- el MN ha significado la constitución de un sistema productivo más desarticulado y vulnerable que el que prevaleció durante el MSI. El sector exportador, que es el eje dinámico del nuevo modelo, se encuentra separado del resto del sistema productivo, siendo incapaz de arrastrar al conjunto de la economía. La economía carente de un motor interno, de una base endógena de acumulación de capital, resulta incapaz de absorber el progreso técnico y de irradiarlo al resto del sistema

La heterogeneidad estructural en vez de atenuarse, se ha reproducido en forma ampliada, haciendo más complejas las relaciones entre el sector “moderno” y el sector “atrasado”. Debido a los cambios registrados en el sistema productivo, la estructura social se ha vuelto más heterogénea y compleja, cobrando inusual fuerza fenómenos como la informalidad y la migración hacia Estados Unidos (o Europa, como en el caso de los países andinos). En lugar de producirse la creación de empleos de “mayor calidad” con la inserción en la globalización neoliberal, ha habido una expansión sin precedente de la economía informal y una creciente “informalización” del sector formal de la economía. Además, se ha registrado un escaso dinamismo en la creación de empleos.

La debilidad del mercado de trabajo en el sector formal está vinculada con los bajos niveles de inversión y con factores diversos que traban ésta, entre los que destacan: la baja capacidad de arrastre del sector exportador; el comportamiento de la inversión extranjera directa, donde ha predominado la compra de pasivos existentes dentro de los flujos totales, en vez de adiciones a la capacidad productiva; la aplicación de políticas monetarias y fiscales restrictivas; el peso del endeudamiento externo e interno en el gasto y la inversión públicas; así como las crisis recurrentes vinculadas a la apertura y desregulación financiera.

El escaso dinamismo del mercado de trabajo, así como la expansión de la economía informal, han sido elementos de primer orden en el aumento de la pobreza. La economía informal constituye el marco objetivo que determina el bajo nivel de los salarios reales. La acumulación de capital transcurre, sin que se genere un incremento de los salarios reales, debido a la existencia de una oferta ilimitada de mano de obra. La economía informal no sólo es un refugio de quienes no encuentran un lugar en la economía formal, sino que constituye, también, el piso del valor de la fuerza de trabajo. El efecto depresor en los salarios reales de este enorme excedente de mano de obra, se mantiene. Este proceso bajista de los salarios se ve reforzado por factores institucionales, como la existencia de *topes salariales*, los menores niveles de sindicalización y organización de los trabajadores y la poca disposición de estos a luchar por mejoras en sus condiciones, debido a la inseguridad en los empleos y el temor a perderlos.

4. El sobreendeudamiento como obstáculo del desarrollo

Las contradicciones del modelo MSI en América Latina trataron de ser paliadas mediante el acceso al endeudamiento externo de fuentes privadas. Ese fue el camino elegido por México, Brasil, Argentina y por la mayoría de los países latinoamericanos para sortear las barreras que imponía la capacidad para importar y que ocasionaban el desequilibrio externo. Como afirmaba Furtado(1964: 113), cuando apenas cobraba fuerza el endeudamiento externo con los bancos transnacionales:

“En la actualidad, las inversiones destinadas a sustituir importaciones se encuentran entre las de más difícil consecución. Son todas inversiones de alta densidad de capital y largo periodo de maduración. De esta manera, la capacidad para importar se transformado en un auténtico obstáculo para el desarrollo (...) La lucha por soslayar esa dificultad llevó al país a un endeudamiento externo creciente. Los efectos de tal endeudamiento tenían que hacerse sentir a mediano y largo plazo y obligar a una contracción mayor de la capacidad para importar, a fin de atender el servicio de una deuda voluminosa, con lo cual se generaba un

proceso acumulativo circular en que las medidas tomadas para superar el obstáculo de la capacidad tendían a hacerlo mayor”⁸

La historia, la conocemos todos. En los setentas ya en el marco de la *gran crisis* que irrumpió unos años antes en los principales países capitalistas, el endeudamiento externo de tipo Ponzi (financiamiento meramente especulativo para refinanciar deudas anteriores) se llevó hasta el paroxismo. En los ochentas, el endurecimiento de la política monetaria estadounidense al final de la gestión de James Carter, profundizada por la administración de Ronald Reagan, bastó para que el castillo de naipes del endeudamiento externo, construido por más una década, se derrumbara. El sobreendeudamiento se hizo evidente. México se declaró insolvente en 1982 y a partir de allí cayeron, una a una, las fichas del dominó de América Latina y de toda la periferia endeudada.

La década de los ochenta no sólo fue la “década perdida”, sino que representó el fin de los proyectos nacionales de desarrollo y el tránsito hacia el neoliberalismo. Las renegociaciones pactadas con el Fondo Monetario Internacional, combinadas con la falta de acceso al refinanciamiento de la deuda externa acumulada, condujeron al estancamiento económico de los países de la región, sin que, por otro lado, las medidas contraccionistas de la demanda agregada, incorporadas en los programas de ajuste resultaran efectivas en el control de los procesos inflacionarios. La renegociación de la deuda externa en el marco del Plan Brady, sólo significó un alivio temporal e insuficiente del oneroso servicio de la deuda. Mientras tanto, el ajuste instrumentado por el FMI preparaba el terreno para el volcamiento de las economías hacia el exterior y para la entrada en vigor de las reformas estructurales “a lo Banco Mundial”.

⁸ El endeudamiento externo de América Latina durante el periodo 1960-1980 no es un fenómeno nuevo en la historia del capitalismo latinoamericano. Durante los años veinte, antes de la irrupción de la gran depresión de los años treinta, la región se encontraba altamente endeudada y el servicio de la deuda limitaba seriamente las acciones de los gobiernos. El propio Furtado al referirse a este periodo de los veinte observa que “el servicio de la deuda externa dominaba todo el cuadro de las finanzas públicas y el comportamiento del tipo de cambio constituía el problema central de los gobiernos. En pleno decenio de los veinte, un presidente de la República, preocupado por el comportamiento cambiario, decretó la paralización de todas las obras públicas federales, convencido de que el bienestar nacional dependía más del servicio de la deuda externa que del grado de empleo de la población del país (Furtado, 1964: 106),

Como afirma Gérard de Bernis (2000), la crisis de la deuda externa fue una de las causas más importantes que detonaron la globalización financiera que cobraría especial fuerza desde finales de los ochentas. La apertura externa de los mercados financieros era necesaria, por un lado, para hacer circular la enorme masa de recursos líquidos que generaba el creciente déficit de la cuenta corriente de Estados Unidos y, por el otro lado, para reactivar a las economías endeudadas mediante la reapertura de su acceso al mercado internacional de capitales, ahora bajo la forma de obligaciones (la llamada **securitization** de los mercados internacionales de capital).

En el marco de la globalización, los mal llamados *mercados emergentes*, entre los que se encuentran los países de mayor desarrollo relativo de la región: Argentina, Brasil y México, iniciaron un nuevo ciclo de endeudamiento en los mercados privados de capital. Los gobiernos neoliberales de Salinas de Gortari en México, Carlos Menem en Argentina, así como Collor de Mello y Cardoso en Brasil, abrieron unilateralmente su cuenta de capital. El capital de cartera ingresó en esos países con celeridad durante la primera mitad de los años noventa, lo que indujo una reactivación económica pasajera y poco vigorosa. La llave para captar esos recursos fue el mantenimiento de altas tasas reales de interés y de monedas sobrevaluadas. ¡Ese es el tributo que exige el capital financiero especulativo para colocarse en nuestros países y obtener una rentabilidad superior a la que obtienen en los mercados del centro! La *prima de riesgo*, dirán los neoliberales.

Poco tiempo tuvo que pasar para observar los resultados de este nuevo ciclo de endeudamiento. México en 1994-1995, Brasil en 1999 y Argentina en 2001 experimentaron con sus respectivas crisis - que tuvieron un alto costo económico y social -, los efectos nefastos que provoca la entrada sin control del capital de cartera externo. Paralelo al endeudamiento externo se generó un acentuado proceso de endeudamiento interno, asociado no solamente a la emisión gubernamental de títulos, sino también a costosos programas de rescate de bancos y de privatizaciones fracasadas.

El hecho es que en la hora presente, los países latinoamericanos confrontan altos niveles de endeudamiento externo e interno. En los círculos financieros se acepta que el nivel de

endeudamiento es alto, pero se sostiene que es manejable y que los países endeudados pueden cumplir sus compromisos de pago si mantienen políticas monetarias y fiscales sanas. Lo que no se comprende y se oculta es el impacto altamente negativo que el pago escrupuloso del servicio de la deuda y el mantenimiento de políticas monetarias y fiscales restrictivas tienen en el desarrollo económico y social de los países endeudados. Furtado era muy consciente de que el endeudamiento constituía uno de los mayores obstáculos al desarrollo económico de Brasil. En su último libro (2002: 33), afirmaba al respecto:

“En este momento el mayor problema de Brasil es la recesión que, en gran medida, es consecuencia de la obligación de financiar el servicio de una considerable deuda externa, por medio del envío al exterior de recursos que deberían ser invertidos en el país”

Y en un mensaje preparado pocos meses antes de su muerte, preocupado por la continuidad de la política económica neoliberal en el gobierno de Lula, Furtado (2005) señalaba sin rodeos:

“Forzar a un país que todavía no ha atendido las necesidades mínimas de su población a paralizar los sectores más modernos de su economía, a congelar inversiones en sectores básicos como salud y educación, a fin de cumplir con las metas de ajuste de la balanza de pagos impuestas por beneficiarios de altas tasa de interés, es algo que escapa a cualquier raciocinio”.

“Se comprende que esos beneficiarios defiendan sus intereses. Lo que no se comprende es que nosotros mismos no defendamos con idéntico empeño el derecho a desarrollar al país. Si continúa prevaleciendo el punto de vista de los que defienden la recesión, que colocan los intereses de nuestros acreedores por encima de cualquier otra consideración en la formulación de la política económica, tenemos que prepararnos para un periodo prolongado de retracción económica, que conducirá al desmantelamiento de buena parte de lo que se construyó en el pasado. La experiencia nos enseñó ampliamente que si no se atacan de frente los problemas fundamentales, el esfuerzo de acumulación tiende a reproducir, agravado, el mal desarrollo. En contrapartida, si conseguimos satisfacer esa condición

básica que es la reconquista del derecho a tener una política de desarrollo, habrá llegado la hora de la verdad para todos nosotros”.

5. El papel de la política monetaria y cambiaria en el proceso de desarrollo

El estudio histórico de la economía brasileña de Furtado está nutrido de agudas reflexiones sobre el papel jugado por la política monetaria y cambiaria en su proceso de desarrollo. En *Formación económica del Brasil* (1959) y en *Dialéctica del Desarrollo* (1964) destaca la importancia que tuvieron la depreciación de la moneda brasileña, así como la política de subsidios del gobierno hacia sector, en el contexto de la depresión de los años treinta, en la defensa de la economía cafetalera, núcleo central del sistema productivo de ese tiempo, y en el aliento de la industrialización sustitutiva de importaciones.

La devaluación de la moneda que siguió a la depresión de los treinta amortiguó los efectos del deterioro de los términos de intercambio y del desplome de la demanda internacional de café. En efecto al decidir el gobierno brasileño de la época acompañar la devaluación con subsidios directos a los productores de café (mediante, por ejemplo, la compra de inventarios), protegió el ingreso de los exportadores en moneda nacional y mantuvo la capacidad productiva del sector. De acuerdo con Furtado (1964: 10):

“En la medida en que el gobierno compraba café para formar existencias o para destruirlo, e inflaba el ingreso monetario, la moneda brasileña se depreciaba externamente, lo cual también favorecía los cafetaleros, pues el precio del café subía en la moneda local depreciada, por más que su precio internacional estuviese bajando”.

Por otro lado, la devaluación alentó a la industrialización, ya que impulsó la sustitución de importaciones. Aunque la política gubernamental seguida fue “una política inspirada por los intereses del café o concedida para contentar a estos intereses”, favoreció, asimismo, a la burguesía industrial al modificar la estructura de precios relativos en favor de la producción interna y en detrimento de las importaciones (deprimidas por la baja de la capacidad de importar).

“Al mantener nivel del ingreso monetario dentro del país, mientras declinaba la capacidad para importar, la política de favores al sector cafetalero resultó, en última instancia, una política de industrialización. La rápida desvalorización de la moneda hacia aumentar los precios relativos de la mercancías importadas, con lo cual se creaban condiciones extremadamente favorables a la producción interna”

Existen igualmente abundantes referencias en la obra de Furtado y del pensamiento cepalino en general, sobre el rol positivo jugado por la inflación en el proceso de industrialización sustitutivo durante sus primeras etapas o sobre el efecto favorable de la estabilización de la moneda en una etapa más avanzada de la sustitución de importaciones, al estimular la demanda de bienes intermedios y de capital.

Todo esto viene a cuento por la importancia que en el contexto actual de apertura comercial y financiera, tienen la política monetaria y cambiaria, como instrumentos que favorecen los intereses del capital financiero internacional y la concentración del ingreso en unos cuantos rentistas nacionales y extranjeros. Dado que esas políticas forman parte del recetario del *Consenso de Washington* se han aplicado en forma general en América Latina. Bajo el velo de la lucha antinflacionaria, se establecen permanentemente en los países emergentes tasas de interés reales muy superiores a las del centro y tipos de cambio sobrevaluadas.

Las políticas monetarias y cambiarias actuales tienen un carácter **procíclico**. Es decir, la tasa de interés y el tipo de cambio suben durante las fases recesivas del ciclo económico, con el propósito de evitar, dentro de un mundo de finanzas globalizadas, la fuga de capitales de los países de la periferia y estimular la exportación de capitales desde los centros. En las fases de “auge” aunque bajan las tasas de interés nominales, las tasas reales se conservan en niveles altos, superiores a los prevalecientes en los países del centro. Es evidente que una situación de esta naturaleza lesiona al capital que opera en la esfera productiva y entra en contradicción con cualquier propósito de fortalecer el mercado interno.

Es por ello que considero que los elementos que se han abordado en este texto sobre el pensamiento de Furtado, constituyen aspectos centrales a considerar en la construcción de una estrategia alternativa de desarrollo frente al modelo neoliberal. Concentración del ingreso, sobreendeudamiento externo e interno, políticas monetarias, cambiarias y fiscales restrictivas, que inevitablemente desembocan todas ellas en el fortalecimiento de las tendencias al estancamiento y a la exclusión social en América Latina, son elementos inherentes al modelo neoliberal y son por tanto los obstáculos principales a remover dentro de un proyecto nacional de desarrollo.

6. Contenido de una estrategia alternativa en el pensamiento de Furtado

La globalización neoliberal no ha resuelto los problemas de desarrollo de América Latina. El predominio de enfoques de política económica fundamentalistas de mercado, así como una inserción pasiva y subordinada en los esquemas de integración, se ha traducido en procesos de lento crecimiento, escasa absorción de empleo en el sector formal de la economía, desarticulación de los sistemas productivos y financieros, mayor vulnerabilidad externa, así como aumento de la pobreza y de la exclusión social. Podría argüirse en sentido contrario, como lo hacen los defensores del neoliberalismo, que Chile ha registrado resultados positivos de su inserción en la globalización, y que esos resultados son consecuencia de la aplicación de políticas económicas correctas. Se olvida, sin embargo que se trata de un país relativamente pequeño y que su modelo se ha alejado en varios aspectos de los enfoques extremos del neoliberalismo (Cypher, 2005).

La concepción del desarrollo en Furtado se alejó siempre de cualquier posibilidad de conseguirlo en el marco del *laissez faire*. Para él, el desarrollo implicaba, como vimos arriba, “una estrategia de modificación de las estructuras”, un proyecto nacional de carácter social y cultural capaz de lograr en forma planificada esa transformación, y de revertir las tendencias a la concentración del ingreso y a la exclusión social.

A finales de los años sesenta Furtado, estaba consciente de los límites del “desarrollismo”, así como de que los cambios que requería América Latina para avanzar. Los proyectos de

transformación estructural reclamaban, en su opinión, transformaciones políticas de gran envergadura. En *La economía latinoamericana* (1969: 351) afirmaba:

“El denominador común parece ser la conciencia de que el *laissez faire* en el marco de la dependencia lleva necesariamente al agravamiento de las disparidades sociales, y de que los trabajos de reconstrucción estructural implican un esfuerzo político mucho más arduo de lo que se había pensado anteriormente. El optimismo fácil que en la década del cincuenta había llevado al *desarrollismo* fue sucedido por las aprensiones, las impacencias y las frustraciones del decenio siguiente”

La necesidad de un proyecto nacional de transformación social profunda se acrecentaba con la globalización neoliberal. Esta, pensaba Furtado, se seguiría imponiendo en todo el mundo pues obedecía a “imperativos tecnológicos”, lo que reducía el margen de maniobra de los estados nacionales y dejaba las decisiones estratégicas de la acumulación en manos de las empresas transnacionales. Estos cambios estructurales en la economía mundial “se traducen en una creciente concentración del ingreso y en formas de exclusión social que se manifiestan en todos los países” (1998: 32).

Los nuevos desafíos son de carácter fundamentalmente social y políticos, más que económicos. En la hora presente, según Furtado, un proyecto nacional de desarrollo tiene que cambiar su eje de la lógica de los *medios*, de la lógica de la acumulación de capital, a la lógica de los *finés*.

“Se impone entonces formular una política de desarrollo basada en una clara manifestación de los fines que pretendemos alcanzar, y no con base en la lógica de los medios impuesta por el proceso de acumulación dirigido por las empresas transnacionales. La superación del *impasse* con que nos enfrentamos requiere que la política de desarrollo conduzca a una creciente homogeneización de nuestra sociedad y abra espacio para la realización de las potencialidades de nuestra cultura” (2002: 47).

El paso de una estrategia de desarrollo basada en la lógica de la acumulación de capital a otra fundada en los fines y en la satisfacción de las necesidades sociales, será todo menos

fácil. Por un tiempo quizás largo, coexistirán dos lógicas contradictorias: la lógica de la acumulación y de la ganancia junto y frente a la lógica del desarrollo nacional y de las necesidades sociales (Aguilar, 1999). El éxito de un proyecto nacional de desarrollo reclamará, entonces, la construcción de una democracia avanzada, de un sistema político en donde el pueblo participe activamente en las decisiones y donde aquella no se reduzca a ser un mero escenario electoral, un “cascarón vacío”, como acertadamente la califica Borón (), dominado por los dueños del dinero. Como afirma Furtado en su último libro (2002: 47):

“(La) voluntad colectiva requiere el reencuentro de los líderes políticos con los valores permanentes de nuestra cultura. Por lo tanto, el punto de partida del proceso de reconstrucción que tenemos que enfrentar deberá ser una mayor participación del pueblo en el sistema de decisiones. Sin eso, el desarrollo futuro no se alimentará de una auténtica creatividad, y contribuirá poco para la satisfacción de las ansias legítimas de la nación”.

Furtado no desarrolló en extenso una estrategia alternativa al neoliberalismo ni podría haberlo hecho (ni él, ni nadie en lo individual), en la medida en esa estrategia será el resultado de una amplia lucha social y política que coloque en el poder a los grupos sociales interesados en el cambio. Sin embargo, sí apuntó un conjunto de ideas valiosas sobre las directrices de un nuevo proyecto nacional de desarrollo. Me concentraré en cuatro de ellas,⁹ a saber:

- Retomar el mercado interno como el centro dinámico de la economía
- Revertir el proceso de concentración de la renta y eliminar la pobreza extrema
- Hacer descansar el financiamiento del desarrollo en el ahorro interno y reducir el peso del servicio de la deuda externa
- Aplicar políticas monetarias, cambiarias y fiscales compatibles con el proceso de desarrollo

En cuanto al primer punto, Furtado parecía estar convencido de que la estrategia exportadora unilateral seguida por el MN no podría sacar a América Latina del subdesarrollo, ya que no imprimía dinamismo al conjunto de la economía, desarticulaba los sistemas productivos y reproducía la concentración de la renta y la exclusión social.

⁹ Se omite desarrollo sustentable

Para los países de gran dimensión geográfica y alta heterogeneidad estructural, no existe otra alternativa que el reconvertir al mercado interno en el centro dinámico del sistema productivo y en el motor de la economía:

“Los sistemas económicos de grandes dimensiones territoriales y marcadas disparidades regionales y estructurales – entre los que destacan Brasil, China y la India – difícilmente sobrevivirán si pierden la cohesión que se deriva de la expansión del mercado interno. En estos casos, por más efectiva que sea, la inserción internacional es insuficiente para asegurar el dinamismo de la economía. En un mundo dominado por grandes corporaciones transnacionales, esos sistemas heterogéneos sólo sobreviven y crecen en función de una voluntad política apoyada en un proyecto con hondas raíces históricas” (Furtado, 1998: 54).

Esta aguda observación de Furtado es válida, creo yo, no sólo para los países que él menciona sino para otros latinoamericanos, como sería el caso de México, Argentina y quizás varios más (Colombia, Perú, Venezuela y otros). Al situar al mercado interno en el centro de la estrategia de desarrollo, no se trata de volver atrás y de reeditar las condiciones – tarea imposible, por otro lado- que hicieron posible el MSI. Se trata, más bien, de aplicar una estrategia que combine el fomento de las exportaciones y la búsqueda de mercados externos con la sustitución de importaciones y el desarrollo del mercado interno. En última instancia, su objetivo sería crear una base endógena de acumulación de capital, capaz de estimular la creación, asimilación y difusión de los avances tecnológicos. El fomento de las exportaciones sería un objetivo subordinado de la política de desarrollo. Como advertía Furtado:

“Únicamente se justificaría profundizar la inserción externa de la economía (...) si dicho esfuerzo se diese dentro del marco de una auténtica política de desarrollo económico y social, lo que no ocurre cuando el aumento de las exportaciones tiene como contrapartida la contracción del mercado interno” (1998: 50-51).

Una estrategia de ese tipo no implica voltear la cara a la globalización y aislarse de la misma. En realidad América Latina siempre se ha desenvuelto en el marco de una

economía-mundo. El problema no es la globalización en si misma, sino la forma en que cada país se inserta en la misma. Como afirma Ferrer (2005: 647):

“El resultado desde la perspectiva de cada país, radica en el estilo de inserción en el orden global o, dicho de otro modo, en la *calidad de las respuestas* a los desafíos y oportunidades de la globalización”.

Una estrategia centrada en el mercado interno no puede descansar en el funcionamiento espontáneo del mercado, sino que reclama, como siempre lo pensó Furtado, una acción deliberada por parte del Estado, la aplicación de una política industrial activa y la utilización de técnicas de planeación económica, de manera de concentrar la acción en las inversiones básicas, prioritarias en cada una de las fases del proceso.

La concentración de la renta en manos de unos cuantos que es evidente en la mayoría de los países latinoamericanos, pero especialmente aguda en los más grandes: Brasil y México, debe ser revertida. Por razones económicas, para validar una estrategia de desarrollo centrada en el mercado interno, pero también por razones sociales y políticas porque los riesgos de ingobernabilidad que provoca la desigualdad social, como creía Furtado (1998: 40), son reales. Una reforma agraria que redistribuya la tierra en países como Brasil que han carecido de ella a lo largo de su historia, y una reforma fiscal redistributiva, son transformaciones urgentes dentro de la agenda de transformación latinoamericana. La única manera efectiva de redistribuir el ingreso es mediante un crecimiento sustancial y perdurable de la tasa de inversión que absorba de manera paulatina pero persistente, el excedente estructural de mano de obra que pulula en las grandes ciudades, el cual es la base de los bajos salarios reales y de la consecuente concentración del ingreso.

El financiamiento del desarrollo debe descansar fundamentalmente en el ahorro interno (Bresser-Pereira, 2005). Los altos niveles de endeudamiento externo, público y privado, de América Latina implican una carga onerosa en materia de servicio de la deuda. Como se dijo arriba, el problema no es si dicho servicio puede pagarse y el principal refinanciarse en

los mercados de capitales, sino el impacto de dicho servicio en los programas de inversión y en el gasto social de los gobiernos. Los superávits primarios de las finanzas públicas que en el caso de Brasil alcanza el 5%, constituyen un tributo insostenible exigido por el FMI para garantizar el pago de los intereses de la deuda externa. Furtado (1998: 34) pensaba que en el caso brasileño era necesario “encarar una renegociación completa de esa deuda”. Otros piensan, incluyendo al autor de esta nota, que la única solución duradera para los países de la periferia es la cancelación de la deuda externa. Desarrollo económico y perpetuación del endeudamiento son incompatibles (De Bernis, 2000). En ese sentido, la cancelación de la deuda externa constituye un prerrequisito de una estrategia alternativa.

Puede sostenerse y con razón, que la cancelación de la deuda externa exige una correlación de fuerzas internacional favorable a la periferia, situación que no existe en las condiciones actuales. Lo que no puede hacerse es soslayar el problema como lo hacen algunos gobiernos latinoamericanos, incluyendo algunos de izquierda, y evitar la realización de una revisión a fondo los esquemas de servicio de la deuda. La realidad es la mejor consejera; nadie podría poner en duda que Argentina abandonó la parálisis económica y la deflación, en el momento en que decidió unilateralmente suspende los pagos a sus acreedores externos privados y abandonar la camisa de fuerza asfixiante de la caja de convertibilidad.¹⁰

Igualmente urgente es modificar de raíz las políticas monetaria y cambiaria. La sobrevaluación de las monedas (de 30 o 40% en los casos mexicano y brasileño, en la actualidad, respectivamente) y las tasas de interés reales exorbitantes constituyen tributos al capital financiero especulativo injustificable en economías estancadas que requieren urgentemente retomar el camino del desarrollo. Además dichas políticas restrictivas y procíclicas son insostenibles, porque la historia de América Latina nos demuestra que las sobrevaluaciones persistentes, combinadas con altos niveles de endeudamiento externo, conducen inevitablemente a crisis del sector externo.

¹⁰ La economía argentina creció, en términos reales, 8.8% en 2003, 9% en 2004 y 10% durante el primer semestre de 2005. La tasa de desempleo se ha reducido, así como los índices de pobreza han bajado.

Particular importancia reviste recuperar soberanía monetaria. Con el MN y sus secuelas de crisis los sistemas financieros han sido entregados al capital extranjero (el caso extremo, México, donde más del 90% de la banca comercial está en manos de bancos transnacionales). Un peligro quizá mayor es la supuesta “independencia” de los bancos centrales. En algunos países de la región esta contrarreforma - la que pretendidamente daría autonomía técnica al banco central para despojarlo de cualquier “utilización indebida de los intereses políticos” y para evitar el “populismo” -, ya se ha materializado en reformas constitucionales, mientras en otros países existen iniciativas legislativas en esa dirección. Al dejar los bancos centrales de ser una instancia de los poderes ejecutivos, cesaron, de hecho, de ser parte del Estado nacional, para convertirse en prolongaciones del poder del *Consenso de Washington* (que no es otro que el poder de los centros), ejercido por intermedio de los organismos multilaterales y del Tesoro estadounidense. Es indispensable recuperar el control estatal de los bancos centrales, de manera que estos puedan cumplir con la función no solamente de alcanzar la estabilidad de precios, sino también el crecimiento económico y el empleo. Y si nos interesa la democracia, cabría la pregunta ¿Quién elige, quién vota a los gobernadores de los bancos centrales? Porque bien o mal, populistas o no, los gobiernos federales y locales tienen que pasar por la prueba de las urnas.

BIBLIOGRAFIA

- AGUILAR MONTEVERDE, ALONSO (1999). *¿Qué será de nuestra América en el Siglo XXI?* en **Economía Política del Desarrollo. Tomo 2**. México, 2005, Casa Juan Pablos- IIEC-UNAM. p. 366-372
- BRESSER PEREIRA, LUIS CARLOS (2005). *La estrategia de crecimiento con ahorro externo y la economía brasileña desde principios del decenio 1990* en **Repensar la Teoría del Desarrollo en un Contexto de Globalización. Homenaje a Celso Furtado**. Libro en preparación. p. 338-364
- BORON, ATILIO (2005). **El ALCA y el asalto a la democracia latinoamericana**. ALAI, Latin America in Movement. 28 de abril. 15 p.
- CYPHER, JAMES (2005). *El caso del Estado chileno actual: proyectos de acumulación, proyectos de legitimación* en **Repensar la Teoría del Desarrollo en un Contexto de Globalización. Homenaje a Celso Furtado. Ob cit.** p. 247-274.
- DE BERNIS, GERARD (2000). *De l'urgence d'abandonner la dette des périphéries*. **Economies et Sociétés. Num. 9**. París, ISMEA. p. 183-217

- FERRER, ALDO (2005). *Globalización, desarrollo y densidad nacional* en **Repensar la Teoría del Desarrollo en un Contexto de Globalización. Homenaje a Celso Furtado. Ob. cit.** p. 645-652.
- FURTADO, CELSO (2004). *Los desafíos de la nueva generación. Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Ob. cit.* p. 21-24.
- (2002). **En busca de un nuevo modelo. Reflexiones sobre la crisis contemporánea.** Argentina, F.C.E., 2003. 121 p.
- (1998). **El capitalismo global.** México F.C.E., segunda reimpresión, 2003. 106 p.
- (1985). **La fantasía organizada.** Colombia, Eudeba-Tercer Mundo editores. 205p.
- (1967). **Teoría y política del desarrollo económico.** México, F.C.E., sexta edición en español, 1976. 301 p.
- (1965). **Subdesarrollo y estancamiento en América Latina.** Buenos Aires, EUDEBA. 135 p.
- (1964). **Dialéctica del desarrollo.** México, F.C.E., primera edición en español, 1965. 158 p.
- (1959). **Formación económica del Brasil,** México, F.C.E., segunda edición en español, 1974. 259 p.
- GUILLEN, ARTURO (2004). *Revisitando la teoría del desarrollo bajo la globalización. Revista Economía UNAM Num. 1.* México, UNAM, enero-marzo. p. 19-42
- PERROUX, FRANCOIS (1984). **El desarrollo y la nueva concepción de la dinámica económica.** Barcelona, Serbal-UNESCO. 229 p.
- PREBISCH, RAUL (1981). **Capitalismo periférico: crisis y transformación.** México, F.C.E., segunda reimpresión, 1987. 344 p.
- (1948) *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. El Trimestre Económico. Vol. LXIII (1), Num. 249.* México, 19 F.C.E., p. 175-246.
- ROSTOW, WALT WHITMAN (1960). **The Stages of Economic Growth: a Non Communist Manifesto.** Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 3ª. Edición, 1990. 272 p.
- TAVARES MARÍA DE CONCENCAO Y JOSE SERRA (1970). *Más allá del estancamiento* en **Cincuenta años de pensamiento de la CEPAL.** Vol. II. F.C.E.-CEPAL, Santiago, 1998. p. 571-588